

---

# Etnografía

---

## Doña Dominga Galarza y las postrimerías de un pueblo y una lengua

CLEMENTE HERNANDO BALMORI

ORIUNDO DE LLANES, nació en 1894, el profesor Oviedo, España, donde nació. Clemente Hernando Balmori se naturalizó argentino en 1942. Licenciado en filosofía y letras en la Universidad de Madrid (1920), obtuvo por oposición la cátedra de lengua latina en el Instituto Nacional de Soria en 1924. Más tarde, catedrático por concurso en el Instituto "Antonio Nebrija" de Madrid. Siguió cursos de filosofía en las universidades de Berlín, Montpellier (Francia) y en el British Museum, de Londres. En 1939 fue contratado como profesor de lengua latina por la Universidad Nacional de Tucumán, donde luego dictó la cátedra de griego. Hizo varias excursiones científicas a Santiago del Estero, Formosa, Chaco y Patagonia, recogiendo material para el estudio de las lenguas aborígenes. Es profesor titular de filología hispánica y director del Instituto de Filología de la facultad de Humanidades de La Plata.

**E**L retrato que acompañamos es la *vera effigies*, obra de Moneo Sanz, de doña Dominga Galarza, última hablante calificada de la lengua vilela, una de las lenguas indígenas más importantes del territorio argentino; importante por sí misma y por sus variedades, así como por sus conexiones, indudables en unos casos, lule-tonocoté por ejemplo, y posibles en otros, kakán y matabaco verbigracia, y cuyo estudio acometemos hoy con la pretensión de completar el material de Lafone<sup>1</sup> y ponerlo al día, comenzando por estas líneas de carácter general. Doña Dominga Galarza o Salazar<sup>2</sup>, india de raza vilela pura, como ella se proclama, ha convivido en nuestro Instituto cerca de un mes, amén de otras temporadas en que hemos ido nosotros a entrevistarla en el Chaco, y en toda ocasión se ha ganado la simpatía de cuantos nos acercábamos a ella. Inteligente y discreta en su escala de cultura elemental, y llena de vitalidad y gracia pese a sus ochenta y pico años, nos hace lamentar a todos la

extinción de una raza, cuyas condiciones humanas debieran haberle deparado mejor suerte.

Todavía a fines del siglo pasado, Fontana<sup>3</sup> conoció una parcialidad de doscientos cincuenta y dos individuos en la margen occidental del Paraná, frente a Corrientes, establecida allí desde hacía más de treinta años. Pero, desaparecida ésta, no sabemos de ninguna otra concentración vilela. Sin embargo, personal de la Comisión de límites sobre el Pilcomayo me ha dado informes de grupos vilelas nómades que vagaban por aquella zona hasta los treinta y tantos de este siglo y me ha mostrado numerosas fotografías de los mismos, típicos por su esbeltez tradicional y la belleza de sus mujeres<sup>4</sup>.

En Asunción y en la Colina Javier Muñiz —cuatro kilómetros al Sur de Las Lomitas—, me encontré en mi excursión de 1954 con individuos aislados, típicos ejemplares de la raza, “muy altos y cenceños —como Fernández de Oviedo<sup>5</sup> describiera al conglomerado bajo el nombre de juríes— gentes a manera de juríes que casi muestran no tener cintura ni intención de vientre”.

Su nombre gentilicio específico de *vilelas* es tardío y con grafía insegura en los autores antiguos: *belelas* (Jarque)<sup>6</sup>, única forma en Paucke<sup>7</sup>, *belelas*, *velelas* y *vilelas* en Lozano<sup>8</sup>, *vilelas*, *velelas*, *vilelos*, en otros autores. Hervás<sup>9</sup> llama *vilela* a la lengua y *vilelos* a los indios, y otras veces a la inversa.

En cuanto a la *e* por *i*, recordemos que en el siglo XVI y comienzos del XVII la vocal protónica presenta curiosas alternancias y vacilaciones: *vanedad*, *vevir*, *hinchir*, *sigún*, *diferir*, *hecistais*. etc.<sup>10</sup>, y los autores que nombran a los vilelas en el s. XVIII copian las formas heredadas vacilantes de la primera mitad del siglo XVII.

En cuanto a la consonante inicial, *b-* y *v-*, diferían un tiempo en la articulación; oclusiva para la *b-* y fricativa labiodental para la *v-*. Pero ya en 1558 Villalón decía que “ningún puro castellano sabe hazer diferencia”, y a fines del XVI se confundían completamente, y aunque en los dialectos del grupo indígena vilela la pronunciación sería fricativa bilabial, su representación ortográfica castellana era aproximada e indiferente con *b-* o *v-* para un sonido inexistente en español<sup>11</sup>.

Su origen y étimo nos son desconocidos<sup>12</sup>. El único intento de carácter positivo que conozco está en el curiosísimo libro de Llamas<sup>13</sup>. “Estudia este (libro) el idioma Uacambabelté o Vilela (antes dicho Vileras, tomado del apodo “Vileria” dado por Hernando Santibañez a todos los indígenas del Chasco (Chaco) como decimos nosotros”. No

## ETNOGRAFÍA

he podido averiguar quién sea este Santibáñez, ni dónde presente esta etimología, ni el autor especifica más.

Por otra parte el término *vileria*<sup>14</sup> parece una creación caprichosa, y más caprichoso aún el derivado *vilera*, y en ninguna parte, que yo sepa, están testimoniados. Para Cabrera<sup>15</sup> serían vilelas los indios designados con el nombre de *vilos* o *vilas* en el tratado con el Gobernador Mercado y Villacorta y que refiere a Archivo de la Provincia de Santa Fe. (Escrit. civiles. T. I, años 1635-1656).

Este *vilos*, *vilas*, si no es una abreviatura por *vilelos*, *vilelas*, pudiera sugerir una etimología de *-vil-* pueblo: *Iocavil*, *Villabil*, *Tuibil*, *Pibil*, *Pisabil*, *Quimivil*, *Ambil*, *Bisbil*, etc. Los Belichas parece eran idios *vilis* o *huillis*, juríes según Lafone<sup>16</sup>. El elemento *bili* o *vili*, o *beli* o *veli*, se encuentra también con gran frecuencia como primer elemento de composición.

Pareciera que la forma antigua más frecuente del gentilicio haya sido *velela*. Pero esta no se encuentra en su lengua, de modo que sería impuesto por algún otro en contacto, como es muy frecuente en nombres étnicos.

Ellos a sí mismos se denominan *uaká*, según doña Dominga, y corrobora Lehmann Nitsche<sup>17</sup>: “tanto ellos —los vilelas— como sus hermanos los Chinipí o Sinipí, se llaman entre sí: Huaká, palabra cuyo significado ignoro”, nombre que parece era al mismo tiempo el de una parcialidad. La lengua era *uacambabelté* o lengua de *uacás*, como acertadamente traduce el mismo Lehmann<sup>18</sup>, lo que confirma el testimonio anterior.

En efecto, tampoco sabemos con seguridad qué signifique *uacá*. Desde luego es insostenible la etimología que da Camaño<sup>19</sup>, quien lo emparenta con *uakel* ‘excremento’, ya que ellos mismos se daban este nombre y no es creer pretendieran denigrarse a sí propios; más bien lo creería emparentado con *uaki* ‘quebracho colorado’, como sus hermanos de raza los lules, que tenían a este árbol por su *totem* con su nombre de *ualá* y lo incluían, como último elemento de composición, en la denominación de sus parcialidades<sup>20</sup>.

A diferencia de las de éstos, los nombres de las parcialidades vilelas no eran compuestos. Rivet<sup>21</sup> da las siguientes: *Vilela* o Uakambabelté, de S. Bernardo y Fortín Gorriti; *Pasain* o Pazaine, de Macapillo; *Okole*, de Laguna Colma y de Lacangayé; *Omoampa*, de Ortega y de Miraflores; *Sinipí*, entre Lacangayé y Laguna Colma; *Chunupí* (Chulupi, Chunipi), desembocadura del San Francisco y luego

en Encrucijada, Valtolemé, Ortega y Esquina Grande, y otros extinguidos o que hablan quichua: Vakaá, Atalalá, Ipá, Yecoanita, Yook, Teket, Guamaica.

Mason <sup>22</sup> incluye además con interrogante a los Malbalá, pero funde en uno a los Chunupí y Sinipí.

Serrano <sup>23</sup> cree probable que atalalás y malbalás fueran restos de los antiguos matarás. En cambio da como sujetos a los vilelas y hablando su idioma a tribus terminados en *-ampa* (recuérdese los en *-amba* del lule): *umaguampas*, *yucunuampas* y *maylihuampas*; con los dos primeros se corresponden sin duda alguna los *omoampas* y *yeconoampas* de los misioneros del siglo XVIII.

En otro pasaje <sup>24</sup> el mismo autor cree igualmente que los *atalalás* y los *yooocs* o *guamalcas* no eran vilelas.

*Hipós* o *Ipas* según Camaño <sup>25</sup> tenía la misma significación que se atribuye a *comechingones*, es decir, "habitantes de hoyos o cuevas". En vilela actual tenemos *hi-bebepp* "hoyo del muerto", donde el elemento *hi-* parece ser "hoyo"; *-be-* posposición con el valor de "en". El otro elemento *-bepp*, que tanto preocupó a Lafone <sup>26</sup>, parece elemento personificador y se añade a acción u objeto humanos o parte del cuerpo: *ono* "canuto, tubo"; *ono-bepp* "ombligo". Es decir que es un categorizante de la clase "humano". Cf. también *hi-sla-pe* "el hoyo profundo" (*slat* "alto"; *pe* especie de artículo).

*Ocoles* significaba "raposos", dice Camaño <sup>27</sup>. Nombre totémico de la parcialidad, sin duda. Hoy parece que el simple ha perecido y se dice *ma-okol* ("zorro del agua") para "zorro"; *uan-okol* ("perro") significaría "zorro doméstico" (*uan-* es toldo, casa). Pero Gilií para "zorro" nos da el simple y antiguo *okol* "volpe" <sup>28</sup>.

El otro nombre de parcialidad vilela con interpretación dada también por Camaño es el de *Yecoanitas*, que equivalía a "flecheros" <sup>29</sup>: pero no encuentro nombre de "flecha" <sup>30</sup> emparentado con esta palabra. La única voz que diría emparentada, por la forma y la significación, sería *yekoue* "herir" (probablemente "herir de lejos") y *yekóm*, en Llamas <sup>31</sup>, y acaso *yikén* "lanza". El primer elemento *yeco-* es claramente común con el *yeconoampas* de los misioneros.

No lejos de la desembocadura del Bermejo o Hitej de los vilelas, a unas veinte leguas de Concepción del Bermejo, había un río *Mooma* por cuyas riberas vagaba por el año 1569 una tribu de indios del mismo apellido <sup>32</sup>. El nombre del río, que es el que daría el suyo a la tribu, significa en vilela "aguada" o "río del anta".

## ETNOGRAFÍA

Mas la primera cita histórica de vilelas, tanto en el sentido estricto de parcialidad o tribu vilela, como en el más amplio de etnia o raza, no parece remontarse más allá de 1628, en un trabajo perdido del cura párroco de Santiago de Cotagaita, en la provincia de los Chichas, Bolivia, y que se titulaba RELACIÓN DE UN VIAJE AL CHACO EN 1628 por Luis de Vega. Éste es el emprendedor malafortunado que fundó lo que debió de ser una de las empresas financieras más audaces de su tiempo, la famosa estancia de San Antonio, a pocas leguas de Guadalcázar, destruída por los indios calchaquíes del Chaco a poco de su prematuro y desgraciado deceso <sup>33</sup>.

Lozano nos habla también de una DESCRIPCIÓN DEL CHACO del mismo Vega <sup>34</sup>, que no nos es conocida de otro modo ni la incluye De Angelis en su BIBLIOGRAFÍA DEL CHACO <sup>35</sup>.

En todo caso por ella y por la pretenciosa *Información jurídica de los descubrimientos hechos por el Gobernador Ledesma en sus expediciones al Chaco . . . a petición de Lucas Rendón*, en 1630, tenemos noticia de una sonada expedición a la muy grande población de Ocochot, de seis leguas de largo en las márgenes del Bermejo, formada por las naciones de Guamalcas, Chulupíes y Velelas, con “tantos y tan grandes caminos, que parecían de República de españoles . . .”, pero “aunque después han llegado allí españoles, nunca han descubierto tal población”, dice ingenuamente el buen Lozano <sup>36</sup>.

Es el hecho que don Martín se volvió al ver tantas gentes —dice un cronista socarronamente— después de gastarse la fabulosa suma de cien mil ducados —reducidos en otro documento a la modesta cantidad de cincuenta mil pesos— sin más provecho que el de darnos las primeras vagas noticias de nuestros vilelas, que le valió, sin embargo, la Gobernación del Paraguay, un par de años más tarde.

Pero no parece que hubiera sido aquél su asiento tradicional, pues “se afirma —dice Tommasini <sup>37</sup>, resumiendo la opinión de la mayoría de los indigenistas y arqueólogos antiguos y modernos— que fueran reducidos y cristianados con el apelativo *lules* al espirar el s. XVI . . . habiéndose internado nuevamente a sus bosques nativos por el consabido rigor de sus encomenderos”.

A esta noticia se refiere en el prólogo de su *Arte* el P. Machoni <sup>38</sup> cuando nos dice que Lules, Isistinés, Toquistinés, Oristinés y Tonocotés estuvieron huidos de Esteco y Concepción del Bermejo por más de cien años, hasta que en 1710 el Gobernador de Tucumán, don Este-

ban de Urizar, los indujo a salir de sus selvas y reducirse en Valbuena y Miraflores.

Lo interesante para nosotros sería que en esa reaparición aparecen como vilelas los que quizás se fugaron como lules y juríes. Pero ya hemos visto que esto venía de más atrás.

En que los lules fueran una *colluvio gentium*, como dice Cabrera<sup>39</sup>, están de acuerdo Lafone, Cabrera, Tommasini<sup>40</sup>, Furlong<sup>41</sup>, Boman<sup>42</sup>, etc.

Hoy Brinton<sup>43</sup>, Serrano<sup>44</sup>, Canals Frau<sup>45</sup>, Mason<sup>46</sup> y otros están de acuerdo en hacer de lules y vilelas un solo grupo. Brinton llega a decir<sup>47</sup>: "Encuentro en su idioma (el de los vilelas) palabras de tal carácter, que me inclino a considerarlo como el representante moderno del lule de Machoni, aunque corrompido por influencia de otras lenguas". Cuando tengamos una gramática del mismo, las dudas desaparecerán.

	<i>Lule</i>	<i>Vilela</i>
Lengua	lequi	liquip
Diente	llu	lupe
Mano	ys	ysip
Casa	enú	quané (por <i>uane?</i> )

Su lista es sin duda más convincente que la de Hervás<sup>48</sup>. Sin embargo, contraponiendo el escaso material lingüístico más antiguo que encontramos, atribuido a ambos pueblos, notaremos que si bien se acercan mucho, todavía parecen estar suficientemente diferenciadas como para creerlas lenguas distintas.

Aparte los nombres analizados más arriba, muy antiguos sin duda, tenemos en la famosa memoria de Bernardo Castro —"la más valiosa y detallada sobre las costumbres e idiosincrasias, carácter y mentalidad de aquellos indios", como dice Furlong<sup>49</sup>— que los Pasaines cantaban al ponerse el sol<sup>50</sup>: *Ocolte colate nitai* "mira que viene el zorro", o esta otra frase: *Yilep nitai; atip perenai* (*que senecfua*), que el P. Castro traduce "el hechicero viene, sea bienvenido", y al nacer el sol por la mañana, uno los halla todavía repitiendo la misma canción. La primera frase parece puede analizarse perfectamente por el vilela moderno y nótese que, como advierte Hervás<sup>51</sup>, por esta época frente al *vilela* sólo había otro dialecto vilela diferenciado, y éste era

## ETNOGRAFÍA

el *omoampo* de Ortega, que no pronuncia la *r*, a la que sustituye por *d*; y los *pasaines* de Macapillo parece hablaban el omoampo.

El análisis de la primera frase sería: *okol* “el zorro”, *tecula* “por más allá”, *tenitaj* “está ya viniendo”. En la segunda, la última parte parece decididamente errada, y el resto sería: *Yilep* “el hechicero”, *nitaj* “viene”, *atip* “bien”, *ere* estará por *ete* (?), “cerca”, *nai* “venga” = se acerque.

Los *yooos* vivían en *Belepop* o tierra blanca, dice Camaño<sup>52</sup>; que se descompone en: *bele* por *baslé* (Llamas): en realidad es una *l* sorda: la diferencia estaría en *e* por *a* actual: *basle* “tierra”; *pop* “blanco” en vilela, y en lule también, como se puede ver en Machoni, s. v. *pop*.

El árbol o tronco sagrado de los vilelas, de que hablamos más adelante, adornado con diversos colores y figuras de animales, y que fijabandelante de los toldos, en las plazuelas y a la entrada del pueblo, se llamaba *gosquirá*<sup>53</sup>: *gos* “genio, espíritu, etc.”; *kirá* (hoy *kiré*) “árbol”, “árbol sagrado”.

*Pili*<sup>54</sup> “totoral”, “terreno pantanoso”, hoy *pilli* en vilela.

En cambio las frases que siguen, aunque no lo especifique el P. Alonso Sánchez, quien parece referirlo a los vilelas, son indudablemente lules.

*Ice el toma ualexto*<sup>55</sup>: “los viejos saben de esto” y que se analiza: *ice* “inteligencia, espíritu, mago, diablo” (los viejos eran magos generalmente y a la inversa<sup>56</sup>; *-l* terminación lule de plural: *tomá*: *to* “esto”, cf. *teotó meotó* “estos” y *-ma*, partícula posposicional de quietud: “de esto”; *ualexto*: *oalecsto* en Machoni “viejo sabedor”, s.v. *oalecs* “saber”.

Y el mismo Castro nos da la frase: *peitolo yauali* “corred por el valle”, de *pei*, “ancho, amplio”, y *to*, partícula pronominal demostrativa: *lo-yauali*: *lo*, partícula reflexiva que se prefixa a los verbos; y *yauali*, a yuxtaponer con el *yauali-an* “correr mucho” de Machoni. Formas todas que se explican por el lule y sólo por él.

*Ualtoleme*<sup>57</sup> (escrito *Valtoleme* y a veces copiado erróneamente *Valtolema*) “que quiere decir laguna de los patos” (reducción de chunupies fundada en 1764) “por los muchos que acudían a una laguna que allí formaban las aguas del río”, pero que es más bien “nido de patos”, de *ualtó* “pato” y *lemé* “nido” (q.v.) en Machoni, por un recodo sobre el río Salado —hoy Juramento—, donde anidaban muchas

de estas aves; lugar cerca de Ortega y Macapillo, reducciones todas a pocos kilómetros de las ruinas de uno u otro Esteco.

Pero que las lenguas lule y vilela ofrezcan grandes semejanzas sugeridoras de un próximo parentesco no puede dudarse, si bien una comprobación sistemática de ello merece espacio y lugar oportunos. Pero si los vilelas aparecen tarde para nuestro conocimiento, al menos bajo este nombre, recelo sin embargo si aquellos *uacará* que figuran entre los documentos de la fundación de Concepción del Bermejo<sup>58</sup> no pudieran ser uacaas-vilelas que aparecen siempre mezclados con lules y tonocotés. En todo caso nos dice Serrano<sup>59</sup> que muchos vilelas, evangelizados en parte, con el nombre de lules, huyeron al Bermejo y se establecieron allí junto a tribus matarás. En la Relación de Góngora del 20 de mayo de 1622 se dice que estos pueblos eran tonocotés, afirmación puesta en duda por Cabrera<sup>60</sup>.

La descripción antropológica y etnográfica de los vilelas está bastante bien transmitida por autores antiguos y modernos. Claro está que la formación concreta y distintiva de pueblos, razas y lenguas indígenas del Chaco se produce lenta y progresivamente, como era de esperar, y sólo en el siglo XVIII sobre un valor diferenciante y de matices descriptivos científicamente apreciables.

En las descripciones más antiguas en las que no figura aún el nombre de vilela, parece —como ya hemos visto apuntado— que estos pueblos van involucrados en el gran coluvión de gentes lules o nunes. Tenían además con los lules *stricto sensu* mucho de común. Un mismo totem: *gualá* y *uakhí* respectivamente, que es probable les diera nombre; eran físicamente muy parecidos e integrarían junto con otros las hordas lules que iban dando cuenta de juríes y tonocotés. Pero, al menos en la época de Diego de Almagro, se les aplicaba también en el conjunto depredador el nombre de *juríes* por ser tan ligeros como los xuris y por su figura —altos y cenceños y con un abultado ceñidor de plumas de avestruz y agrupados en bandos de diez en diez y de veinte en veinte, y como estas aves. Todo ésto les había valido tal nombre ya antes de la expedición de Diego de Almagro.

Y al igual que los lules, a quienes Bárzana<sup>61</sup> nos pinta como los verdaderos melómanos de la América Indígena, “son los mayores músicos... y con más graciosos sonos y cantares... sus fiestas no eran más que cantar... y hasta sus muertes... las cantaban, amaneciéndose cantando... llorando y bebiendo”. Francisco Solano los arrebató hasta el éxtasis con los acordes de su laúd. Así también “la na-

## ETNOGRAFÍA

ción vilela, nos dice Bernardo Castro <sup>62</sup>, es de suyo alegre, gusta mucho de cantar y bailar"... "son aficionados al canto... que es una de las cosas principales para sus fiestas". "Pero entre sus coplas y canciones... no hay ninguna composición que pase de tres o cuatro palabras... que para ellos es lo mismo que si fueran composiciones o poemas larguísimos, porque las alargan... repitiéndolas sin cesar millares de veces", dice hablando de lules, isistínés y pasaines.

"Ninguno de ellos, dice en otra parte, conoce la cara a los pesares, y aun cuando no tienen que comer, están echados con el mismo sosiego y paz que si estuvieran hartos... y no hay cosa en este mundo que sea capaz de quitarles el sueño".

Y de los lules dice Lozano que son "de genio muy alegre, que raras veces admite cosa que les cause pesadumbre o tristeza" <sup>63</sup>.

En cuanto a su aspecto físico, Lozano <sup>64</sup> describe a los lules diciendo que "es gente de buen talle y disposición corporal, despierta y briosa", y lo mismo afirma Castro de los vilelas: "El entendimiento lo tienen bastante despejado y dispuesto, la estatura es más que mediana, por lo común son bien agestados y de buena contextura; el cuerpo robusto de complexión" <sup>65</sup>, y esto mismo lo confirma Lozano <sup>66</sup>: estas "naciones... son de buenos naturales... los semblantes alegres, mirando, cuando hablan, de hito en hito".

Pero sobre los vilelas se nos dice algo extraño y no bien explicado: que su color es no sólo mucho más claro, sino hasta blanco, y que su cabello es castaño y hasta rubio: "el color, dice Castro en el mismo pasaje, no es tan aceitunado como el de las otras naciones del Chaco, el pelo melino. Tira algo a rubio por lo común, y algunos son del todo rubios y blancos como cualquier español" <sup>67</sup>. Y este detalle lo encontramos de nuevo entre las notas de Pelleschi, según Lafone <sup>68</sup>: "Tengo impresión que los vilelas se distinguían... por una talla algo esbelta y flaca"... , y un poco más adelante: "aquel ladino añadía que entre ellos hay rubios y blancos y morenos, con los ojos cortados por arriba como los cerdos".

Quizás su primer *habitat* no haya sido el Chaco, sino las primeras faldas de las cordilleras, como quiere Lafone, y entre los espesos bosques de sus faldas: no sé si este detalle tendrá algún valor para los antropólogos.

Lules y vilelas enterraban a sus muertos en la postura del nacimiento: "el modo de amortajar a los cadáveres es liarlos en la postura de sentados, dice Lozano de los lules <sup>69</sup>, de suerte que atan las cabezas

con las rodillas y en esta forma los cargan en una red y llevan lejos a algún bosque donde cavan una fosa de suficiente profundidad y en ella le sepultan”.

Y de los pasaines, según parece <sup>70</sup>, dice Alonso Sánchez: “y muchas veces antes que acaben de expirar ya les meten en una red y los envuelven con ella hechos un ovillo, de manera que los ojos están pegados con las rodillas, y los llevan al lugar donde se ha de hacer el entierro”.

En cuanto a lo que hemos llamado postes totémicos de lules y vilelas, Lozano <sup>71</sup> nos los describe así, hablando de los vilelas: “En todos los pueblos (que son semejantes a los rancheríos de los otros bárbaros) tienen en campo raso muchas columnas de madera, poco más gruesas de lo que puede abarcar un hombre con ambas manos y de dos estados de alto; píntanlos curiosamente de colorado, blanco y negro, y en el medio de las labores o flores de las pinturas, forman una cruz de los mismos colores”. Es de imaginar que sólo a veces figuraría esta cruz, pues de lo contrario no se concibe el furioso celo religioso del maestro de campo Esteban de Nieva y Castillo —que el mismo Lozano parece desaprob—, quien ordenó a sus soldados derribasen dichas columnas en ambos márgenes del río Bermejo, donde halló muchas. Y Castro <sup>72</sup>: “Delante de su choza forman una plazuela, y plantan algunos troncos pintados de varios colores para bailar alrededor de ellos. Llegado... el día de las fiestas comienzan a beber, bailar y cantar y prosiguen la misma ocupación todos los quince días...”.

Y de los lules tenemos en Lozano <sup>73</sup>: “la víspera de la borrachera, una hora después de haber anochecido concurren a una plazuela los indios e indias que han de beber; en ella tienen un palo clavado, junto al cual está en pie la mujer o hija del que hace la fiesta con un báculo o caña en la mano, de cuya extremidad está pendiente multitud de uñas de jabalíes y venados, que remedan el son de los cascabeles y ésta es la que lleva el compás de los que han de cantar, dando con la punta del báculo golpes en el suelo, y en comenzando ésta prosiguen los varones con el canto puestos en fila y tras de ellos las mujeres también en fila. El que tiene mejor voz de los varones guía el canto y andan dando vueltas alrededor de aquel palo...”.

Asimismo de los lules nos dice Lozano <sup>74</sup>: “Tributaban reverentes adoraciones a cierta viga de suficiente grandeza en que se veían retratados al vivo, en diversidad de colores, varias figuras de animales feroces, como víboras, culebras, etc.”.

## ETNOGRAFÍA

En cuanto a la lengua, me contento por ahora con señalar el hecho común al lule y al vilela de la sufijación pronominal tan destacada y acaso sobreestimada por Lafone en sus dos trabajos sobre el lule y el vilela y que le bastaba para situarlas en el grupo andino. No deja de tener un valor, y hasta un alto valor sintomático, pero la lingüística moderna dista mucho de darle el valor concluyente que le atribuyen Lafone y algunos autores modernos.

Del grupo vilela tenemos hoy por fin muestras de chulupí y sobre todo del vilela-uaká o vilela propio. Al preguntarle varias veces a nuestra ancianita informante si el vilela y el chulupí eran muy diferentes, siempre me replicaba riéndose: "No, la lengua es la misma, sino que los chulupíes hablan todo enbrollado". Su primo Aparicio Díaz es sinipí —que hablan como los chulupíes— y siempre que se encuentran hablan y bromean en la *yoma*, cada cual en su variedad.

En los alrededores de Resistencia me encontré con dos viejecitos chulupíes, Don Cristaldo y otro primo suyo, de quienes tomé muestras.

Mis informantes vilelas fueron José Silvio Fernández, quien por 1924 lo fue de Lehmann Nitsche, como él mismo me lo advirtió y el autor lo proclama en varios de los relatos de su *ASTRONOMÍA VILELA*. El otro, Alberto Méndez, capataz jubilado de la colonia de Napalpí y que vive en Laguará, cerca de esta colonia, tiene 71 años y es pariente y de la amistad de nuestra principal informante.

Es interesante que lenguas hoy tan próximas se dieran por diferentes en el siglo xvii. Claro que lo son suficientemente como para no entenderse entre sí sino con cierta dificultad, pero en las muestras recogidas es fácil el paso de una lengua a otra. No tenemos pruebas largas y directas del *omoampo*, que parece fuera el grupo dialectal más separado, pero es probable que tampoco fuera muy diferente. Pareciera que el cambio evolutivo haya sido mínimo o que en la proximidad progresiva a su desaparición se hayan ido acercando, pero todavía resta el estudio sistemático del chunupí y sinipí para fijar diferencias.

Otro dato que nuestra informante nos ha repetido es que en Corrientes los últimos representantes de la raza eran *ocoles*. Y por fin, que dispersos por el Paraguay había aún algunos vilelas. Quizás en Quitilipi, donde Lehmann Nitsche dio con algunos, quede todavía algún representante, hermano o pariente de nuestra vilela.

No sabemos que Lehmann Nitsche haya publicado los trabajos lingüísticos a que se refiere en la introducción a la *ASTRONOMÍA DE LOS VILELAS*, a que hemos hecho referencia más arriba.

En las tradiciones vilelas —*uajarumbombáp uakambabelté*— de Llamas, se da como descendiente de los vilelas ancestrales a cuatro tribus indígenas, tres de ellas bien conocidas: Tonocoté, Lule, Calchaquí y una cuarta Cuayaní (?), no identificable. Respecto de las dos primeras, la tradición parece acercarse a la comprobación moderna. De la Calchaquí o diaguíta —si a ella se refiere la tradición, como parece—, con su lengua cacana, no podemos esperar mucho habiéndose perdido ésta por entero, sin dejar tras sí más que un escasísimo número de palabras. Quizás cuando hayamos publicado las notas lingüísticas a las que estas líneas pueden servir de introducción, podamos añadir algo a los trabajos del infatigable Lafone Quevedo y dar un blanco a la flecha mensajera que él dejó vibrando en el aire.

N O T A S

1 Lafone Quevedo, Samuel A.: *La lengua vilela o chulupí. Estudio de filología chaco-argentina*. En: Boletín del Instituto Geográfico Argentino, vol. XVI, 1895, pp. 87-123.

2 Todos los que la conocen y ella misma dan indistintamente uno u otro apellido.

3 Fontana, Jorge Luis: *El Gran Chaco*, Buenos Aires, 1881, pp. 131 ss. El grupo descrito por Fontana, con su último cacique, Leoncito, muerto trágicamente por el cacique toba Cañá-Gachí en mayo de 1876, podría ser en efecto de chunupíes, aunque el autor los denomina vagamente chunupíes, ocoles o vilelas. El lugar referido parece fuera el llamado hoy Puerto Vilelas, al Sur de Resistencia. V. Miranda, Guido: *El paisaje chaqueño*, Resistencia, 1954, p. 110.

4 Este material está hoy en poder de mi amigo el escritor tucumano Horacio Méndez, alto empleado de la firma Duperial, gerente por entonces de la misma en Tucumán.

5 Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias*, t. IV, p. 264. Buenos Aires, Guaranía.

6 Citado por Furlong, Guillermo: *Entre los vilelas de Salta*, "Academia Literaria del Plata", Buenos Aires, 1939, p. 43.

7 Paucke, Florian: *Hacia allá y para acá. (Una estada entre los indios Mocabíes)*, 1749-1767, Universidad Nacional de Tucumán, 1942/44, t. I, p. 97; t. II, pp. 145, 152.

8 Lozano, Pedro: *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba*. Tucumán, 1941, Instituto de Antropología, 91 ss. y saepe.

9 Hervás, Lorenzo: *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*. Madrid, 1800, t. I, pp. 173 ss.

10 Lapesa, Rafael: *Historia de la lengua española*, 2ª ed., Madrid, 1942, pp. 237-8.

11 Id., id. p. 317.

12 Cf. Furlong, Guillermo: op. cit. p. 39: "En vano hemos tratado de conocer la voz *vilela*... voz indudablemente indígena aunque alterada, sin duda alguna, por los españoles".

13 Llamas, Antonio de: *Uacambabelté o Vilela. Lenguas indígenas aborígenes*. Corrientes, 1910, p. 9.

14 Ni en Fontecha, ni en Romera Navarro encuentro voz semejante, si no es *viluvia* en la ribera del Duero, registrada por Llorente Maldonado. Doy por supuesto, claro está, que se pretende dar una voz castellana con el valor despectivo de la raíz *vil*. Por otra parte tampoco he visto atestiguada la forma *Chasco* por *Chaco*.

15 Cabrera, Pablo: *Los lules*, t. I de *Ensayos sobre etnología argentina*. Córdoba, 1910, pp. 107 y 147-8.

16 Lafone Quevedo, Samuel: *Tesoro de Catamarqueñismos*. Universidad Nacional de Tucumán, 1927, s. v. *Belicha*.

17 Lehmann-Nitsche, R.: *La astronomía de los vilelas*, en: "Revista del Museo de La Plata". Nº XXVIII, serie 3, vol. 4, 1924/5, pp. 210-233 (loc. cit. p. 210).

## ETNOGRAFÍA

- 18 Ib. en nota.
- 19 En Furlong, Guillermo: op. cit. p. 40.
- 20 Cf. "Revista de la Universidad Nacional de La Plata", N° 2, 1957, p. 24.
- 21 Rivet, P. y Loukotka, C.: *Langues de l'Amérique du Sud et des Antilles*, en: *Les langues du monde*, París, 1952, p. 1148.
- 22 Mason, Alden J.: *The Languages of South American Indians*, en: "Handbook of South American Indians", t. 6, pp. 207 ss.
- 23 Serrano, Antonio: *Los aborígenes argentinos*, Buenos Aires, Nova, 1947, p. 107.
- 24 Ib. p. 108.
- 25 Furlong, Guillermo: op. cit. p. 40.
- 26 Lafone Quevedo, Samuel: *saepe*. V. p.ej., op. cit., final del capítulo XI.
- 27 Furlong, Guillermo: loc. cit.
- 28 Gilii, Salvatore: *Saggio di Storia Americana*, Roma, 1732, t. III, apéndice II, p. 392.
- 29 Furlong, Guillermo: loc. cit.
- 30 Para "flecha" encuentro *aké* (en Gilii), *kori* (en D<sup>a</sup> Dominga), *ucope* (en el vocabulario de Lafone Quevedo), *ücope* y *huolop* (en Pelleschi v Fontana, respectivamente), *uokóp* (en Llamas).
- 31 Llamas, Antonio de: op. cit. p. 62.
- 32 Cf. Torre Revello, José: *Esteco y Concepción del Bermejo. Dos ciudades desaparecidas*, Buenos Aires, 1943, pp. 127 (nota 2) y 149. Parece esto en oposición a lo afirmado por Serrano, *Los aborígenes argentinos*, p. 112, que los vilelas del siglo XVI vivían entre el Bermejo y el Salado, pero sería posible en todo caso que una parcialidad hubiera emigrado a esa región.
- 33 Cf. Tommasini, Gabriel: *La civilización cristiana del Chaco*, t. I, Buenos Aires, 1937, pp. 269 ss.
- 34 Lozano, Pedro: *saepe*; cf. p.ej. el cap. XIV de su *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba*.
- 35 Angelis, Pedro de: *Bibliografía del Chaco*, en: *Colección de documentos relativos a las provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1837, t. 6, N° 66.
- 36 Lozano, Pedro: op. cit. pp. 91 s.
- 37 Tommasini, Gabriel: op. cit. pp. 100 s. Con estos lules-vilelas aumentaríamos así la lista de lules-juríes de Salta, lules-diaguitas, lules-tonocotés y lules-guaycurúes, que nos dan algunos autores.
- 38 Machoni, Antonio: *Arte y vocabulario de la lengua Lule y Tonocoté*, Madrid, 1732 y Buenos Aires, Coni, 1877.
- 39 Cabrera, Pablo: *saepe*; cf. p. ej. pp. 10 y 50 de *Los lules* (op. cit.).
- 40 Tommasini, Gabriel: op. cit. p. 102.
- 41 Furlong, Guillermo: *Entre los Lules de Tucumán*, Buenos Aires, 1941, p. 18.
- 42 Boman, Éric: *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama*, t. I, París, 1908, p. 55.
- 43 Brinton, Daniel G.: *La raza americana*, con prólogo de Enrique Palavecino, Buenos Aires, 1946, pp. 285 y 287.
- 44 Serrano, Antonio: cf. supra.
- 45 Canals Frau, Salvador: *Poblaciones indígenas de la Argentina*, Bs. Aires, 1953, p. 425.
- 46 Mason, J. Alden: *The Languages of South American Indians*, en: "Handbook of South American Indians", t. 6, Washington, Smithsonian Institution, 1950, pp. 206 ss.
- 47 Brinton, Daniel G.: op. cit. p. 285.
- 48 Hervás, Lorenzo: op. cit. p. 175, nota n° 1.
- 49 Furlong, Guillermo: *Entre los vilelas de Salta*, p. 5.
- 50 Furlong, Guillermo: *Entre los vilelas de Salta*, p. 58.
- 51 Hervás, Lorenzo: op. cit. pp. 174 y 175.
- 52 Furlong, Guillermo: *Entre los vilelas de Salta*, p. 40.
- 53 Id., ib. p. 124.
- 54 Id. ib. p. 41.
- 55 Id. ib. p. 50.
- 56 Viejo: brujo, diablo; así Lozano, op. cit., p. 100: "Cuando descan agua para sus sembreras ruegan a los *viejos* que llamen la lluvia, y éstos haciéndose soplar con un canutillo en las narices de suerte que les penetren muy adentro los polvos de la semilla del árbol llamado Cebil, que son tan fuertes que les privan del juicio, comienzan ya fuera de sí a saltar y brincar

en descampado dando gritos y alaridos, y cantando con voces desentonadas, con que dicen llaman la lluvia,..."

57 Furlong, Guillermo: *Entre los vilelas de Salta*, p. 144.

58 Cf. Torre Revello, José: op. cit. p. 145. El pueblo de Guacara (escrito así) estaba a siete leguas de Concepción y había pertenecido al distrito señalado a la ciudad de Esteco. La ciudad, que sobrevivió pocos años, fue fundada el 14 de abril de 1585 entre muchos pueblos frentones, algunos lules mansos y guacaras y matarás, con motivo de la exitosa expedición a la entraña del Chaco por Alonso de Vera y Aragón, a 44 leguas de la desembocadura del Bermejo, cerca del actual Fortín Lavalle. Cf. también el apéndice, p. XXVII; de la misma obra de Torre Revello.

59 Serrano, Antonio: op. cit., p. 113.

60 Cabrera, Pablo: *Ensayos sobre etnología argentina* (2ª serie, *Onomástica indiana de Tucumán*), Buenos Aires, 1931, pp. 144 s.

61 Bázana, Alonso de: *Carta al P. Juan Sebastián su provincial del 8 de septiembre de 1594*, en: *Relaciones Geográficas de Indias*, t. II, apéndice III, p. 411.

62 Furlong, Guillermo: *Entre los vilelas de Salta*, p. 46.

63 Lozano, Pedro: op. cit., p. 98.

64 Id. ib. p. 98.

65 Furlong, Guillermo: *Entre los vilelas de Salta*, p. 46.

66 Lozano, Pedro: op. cit. p. 92.

67 Furlong, Guillermo: *Entre los vilelas de Salta*, p. 46. (*Melino*: amarillento, de color de miel.)

68 Lafone Quevedo, Samuel A.: *La lengua vilela o chulupí. Estudio de filología chaco-argentina*. En: "Boletín del Instituto Geográfico Argentino", vol. XVI, 1895, pp. 37 ss.

69 Lozano, Pedro: op. cit. p. 103.

70 Furlong, Guillermo: *Entre los vilelas de Salta*, p. 50.

71 Lozano, Pedro: op. cit., p. 93.

72 Furlong, Guillermo: *Entre los vilelas de Salta*, p. 57.

73 Lozano, Pedro: op. cit. p. 105.

74 Citado por Serrano, Antonio: op. cit. p. 112.